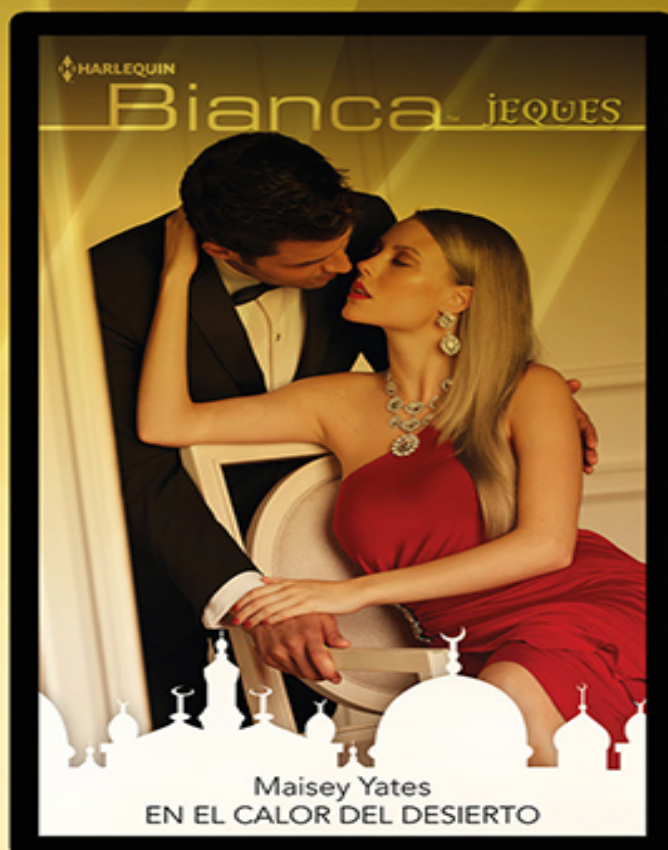




Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
E-pack Bianca, n.º 280 - diciembre 2021

I.S.B.N.: 978-84-1105-241-2

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dos bebés para el italiano](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[En el calor del desierto](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[Huida hacia la pasión](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[El duque vengativo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

_____Bianca™_____

DOS BEBÉS
PARA EL ITALIANO

Lynne Graham



Capítulo 1

SEBASTIANO estaba a punto de satisfacer su maratón de sexo con una modelo rubia cuando el sonido de su móvil lo interrumpió. En cualquier otra ocasión lo hubiese apagado, pero ese particular tono de llamada era el de su hermana y Annabel jamás lo llamaría tan tarde a menos que se tratase de algo importante.

-Perdona un momento, tengo que responder -murmuró, apartándose.

-Lo dirás de broma.

La rubia lo miró con gesto airado, molesta por la interrupción. Claro que haberse llevado a la cama a un multimillonario era un éxito importante y debía tener alguna desventaja, de modo que hizo un esfuerzo para sonreír. Todas las mujeres adoraban a Sebastiano y había mucha competencia.

Desde luego, la naturaleza había sido generosa con Sebastiano Cantarelli. Metro ochenta y cinco, anchos hombros, aspecto atlético y siempre ataviado con exquisitos trajes de chaqueta italianos hechos a medida. De piel morena y pelo negro, había sido bendecido con unos penetrantes ojos oscuros que brillaban como bronce derretido.

-¿Annabel?

Sebastiano no entendía bien lo que decía su hermana porque no dejaba de llorar mientras intentaba explicarle el

problema, pero captó lo esencial de la historia: al parecer, sus padres la habían obligado a dejar el apartamento en el que vivía y le habían quitado las llaves del coche. Y quería saber si podía irse a vivir con él.

Sebastiano torció el gesto, sorprendido de que hiciese esa pregunta. Annabel era la única persona de su familia inglesa que le importaba.

Aún recordaba a la niña tímida que le daba la mano cuando su madre se refería a él como su «pequeño error» o cuando su padrastro le gritaba.

-Siento tener que dejarte, pero debo resolver un problema familiar -le dijo a la rubia.

-Esas cosas pasan -respondió ella, levantándose de la cama para ponerse un kimono de seda.

-¿Cenamos mañana? -sugirió Sebastiano.

Era una chica preciosa, como todas las mujeres con las que se relacionaba. Sin embargo, ninguna de ellas había conseguido retener su interés durante más de un mes. Si acaso.

Mientras volvía a casa se preguntó qué podría haber pasado para que sus padres se enfadasen con Annabel, que nunca discutía con nadie.

Sebastiano le había dado la espalda a la familia Aiken y a su círculo social por voluntad propia y sabía que nadie lo echaría de menos porque era el bochornoso recordatorio de que su madre había tenido un hijo con un hombre que no era su marido.

Nunca había formado parte de la familia. Siempre había sido un intruso, el hijo oscuro cuando todos los demás eran rubios, y un triunfador nato cuando ellos hubieran preferido que fuese mediocre.

Esas crudas verdades ya no le dolían. Después de todo, no le gustaba su soberbia y malhumorada madre ni su padrastro, *sir* Charles Aiken, un abusón ansioso de poder.

Y tenía menos en común con su hermanastro, Devon, el pomposo y extravagante heredero del título de su

padraastro, pero a Annabel la quería de verdad.

¿Qué podía haber hecho para enfadar a su familia? Su hermana evitaba los conflictos como la peste. Era comprensiva con todos, por insoportables que fueran.

Solo había desafiado las expectativas de los Aiken cuando insistió en estudiar restauración de arte. Su madre quería que fuese una típica chica de la alta sociedad y, en cambio, se había encontrado con una niña estudiosa, seria, dedicada a su trabajo en el museo.

¿Qué podía haber pasado para que su hermana estuviese tan disgustada?

Sebastiano frunció el ceño en un gesto de preocupación. Había pasado mucho tiempo en Asia en los últimos meses y, por lo tanto, apenas la había visto.

Y cuando Annabel se echó en sus brazos, deshecha en lágrimas, balbuceando un torrente de confesiones, reproches y revelaciones, Sebastiano se dio cuenta de que la situación era mucho más seria de lo que había imaginado.

Su hermana mantenía una aventura con un hombre mayor que ella, Oliver Lawson, un hombre al que había conocido en una de sus fiestas. No era un amigo de Sebastiano, pero sí un conocido.

-Pero Oliver...

-Está casado, ya lo sé -lo interrumpió ella, bajando la mirada.

Sus preciosos ojos azules estaban enrojecidos y tenía aspecto demacrado.

-¿No lo sabías?

-Lo sé ahora, pero es demasiado tarde. Cuando nos conocimos me dijo que su mujer y él estaban legalmente separados y a punto de divorciarse. Y yo lo creí. ¿Por qué no iba a hacerlo? Su mujer vive en el campo y nunca viene a Londres. Me tragué todas sus mentiras como una tonta, Seb.

-Oliver es el director de las industrias Telford, pero su mujer es la propietaria de la empresa. Yo diría que nunca va a divorciarse de ella. ¡Además, Lawson te dobla la edad! -exclamó él, consternado-. Es un hombre mayor, experto, por eso le resultó tan fácil aprovecharse de ti.

-Pero ahora me siento tan sucia. De haber sabido que seguía casado jamás habría tenido una aventura con él. Yo no soy así. Yo creo en la fidelidad y en la lealtad. De verdad le quería, Seb, pero ahora veo que he sido una ingenua. Cuando le dije que estaba embarazada, intentó forzarme a interrumpir el embarazo.

-¿Qué?

-No dejaba de llamarme por teléfono, exigiendo que lo hiciese. Y luego apareció en mi apartamento para dejar claro que no quería saber nada del bebé y tuvimos una enorme discusión.

-Estás embarazada -dijo Sebastiano, intentando controlar su ira.

Que un hombre intentase forzar a Annabel a interrumpir el embarazo lo sacaba de sus casillas. Particularmente, un hombre que le había mentado para acostarse con ella.

A los veintitrés años, su hermana seguía siendo un poco ingenua, siempre dispuesta a pensar bien de los demás y a excusar a quienes la defraudaban. Aparte de Lawson, Annabel solo había salido con un compañero de universidad, de modo que no tenía mucha experiencia con los hombres.

Claro que si mirase atentamente a su propia familia sería menos confiada.

Su madre y su padre mantenían una relación abierta, aunque siempre eran discretos en sus aventuras. Su hermano Devon estaba casado y tenía hijos, pero había mantenido una larga aventura con otra mujer casada. Sebastiano había presenciado tantas infidelidades que no tenía la menor intención de casarse. ¿Para qué?

Siendo soltero no tenía que pensar en nadie más y le gustaba su vida, libre de obligaciones familiares, compromisos y todas las complicaciones que iban con ellos.

Annabel y su padre biológico, Hallas Sarantos, eran la única excepción, pero jamás habría tratado a una mujer como Oliver Lawson había tratado a su hermana.

Ningún hombre inteligente con una vida sexual activa podía ignorar la posibilidad de un embarazo no deseado y Sebastiano jamás se había arriesgado. Ni siquiera un momento de descuido, un récord del que estaba orgulloso.

Pero si algo iba mal, era responsabilidad del hombre portarse como un adulto y apoyar la decisión de la mujer, sin pensar en sus deseos personales.

-Cuando le conté a mamá y papá lo del embarazo se pusieron como locos -dijo Annabel, cubriéndose la cara con las manos-. Sabía que se enfadarían, pero es más que eso. Ellos también querían que interrumpiese el embarazo y cuando me negué, dijeron que tenía que irme del apartamento y devolverles las llaves del coche. Y no me importa, de verdad. Si no vivo como ellos esperan que viva, no puedo esperar que me ayuden económicamente.

Sebastiano hizo una mueca. Su hermana era demasiado comprensiva.

-Nadie tiene derecho a decirte lo que debes hacer y, al parecer, tú quieres tener ese bebé. ¿No es así?

-Sí, quiero tenerlo -respondió Annabel, sonriendo por primera vez-. No quiero volver a ver a Oliver porque es un mentiroso y un sinvergüenza, pero quiero tener a mi hijo.

-Tener un hijo sola pondrá tu vida patas arriba -le advirtió él-. Pero puedes contar conmigo. Buscaré un apartamento para ti.

-No quiero depender de nadie.

-Puedes fijarte ese objetivo cuando estés instalada y tranquila -dijo Sebastiano-. Ahora mismo estás disgustada y deberías irte a la cama.

Annabel se echó en sus brazos.

-Sabía que podría contar contigo. A ti te dan igual los cotilleos, la reputación y todas esas tonterías. Mamá dice que ningún hombre decente querrá saber nada de mí.

-Eso suena un poco raro viniendo de una mujer que se casó con tu padre mientras esperaba un hijo de otro hombre -le recordó Sebastiano.

-Ya, pero esta es una situación diferente.

Lo era, pensó Sebastiano cuando su hermana se fue a la cama. Su madre italiana, Francesca, había estado a punto de casarse con su padre griego, Hallas Sarantos, cuando conoció a *sir* Charles Aiken en Londres.

En la versión de Annabel, Francesca y *sir* Charles se habían enamorado locamente, aunque la madre de Sebastiano esperaba un hijo de Hallas.

En la versión de Sebastiano, sin embargo, Francesca se había enamorado del título de *sir* Charles y de su estatus social y su padrastro se había enamorado del dinero de Francesca.

Dos personas ambiciosas, frívolas, y crueles se habían unido para crear una poderosa alianza.

Sebastiano habría podido perdonarlos si no le hubieran negado el derecho a conocer a su padre biológico, que había hecho todo lo posible por verlo durante años.

Pero el caso de Annabel era diferente. Lo que le había pasado a su hermana era imperdonable.

Un hombre mucho mayor que ella se había aprovechado de su ingenuidad y después había intentado intimidarla para que interrumpiese el embarazo, librándose así de la prueba de su aventura.

Oliver Lawson pagaría por sus pecados, se juró a sí mismo mientras se ponía en contacto con un investigador privado. Estaba seguro de que aquel canalla habría cometido la misma bajeza con alguna otra joven ingenua, pero no había contado con él.

Lawson no sospechaba que era el hermanastro de Annabel porque la familia Aiken nunca lo había reconocido

públicamente y jamás aparecían juntos en ningún sitio.

Y había calculado mal cuando decidió engañar a su hermana, la persona más importante del mundo para él, el único consuelo durante su miserable infancia.

Mientras viviese, ni a ella ni a su hijo les faltaría nada, pero antes de eso Oliver Lawson debía ser castigado.

Canturreando alegremente, Amy colocaba adornos navideños en la tienda del refugio para animales/clínica veterinaria en la que trabajaba.

Le encantaba esa época del año, desde el crujido de las hojas secas al aire fresco que avisaba de la llegada del invierno o el destello de las luces de los escaparates en el centro de Londres.

Sentía un afecto infantil por las navidades porque nunca había podido disfrutarlas cuando era pequeña. Para ella no había habido tarjetas de felicitación, ni juguetes, ni comidas especiales porque su madre, Lorraine Taylor, odiaba la Navidad y se negaba a celebrarla. Había sido en Navidad cuando el amor de su vida la había dejado plantada y jamás lo había superado.

Siempre se había negado a contarle quién era su padre y, a los trece años, cuando Amy exigió conocer su identidad, tuvieron una pelea que las había traumatizado a las dos.

-¡No quería saber nada de ti! -le había gritado su madre, fuera de sí-. De hecho, quería que me librase de ti y cuando me negué me dejó plantada. Todo es culpa tuya. Si tú no hubieras nacido, él no me habría dejado. O si hubieras sido un chico... tal vez habría tenido algún interés por un hijo, pero no por ti. En su opinión, solo éramos una carga de la que no quería saber nada.

Después de esa confrontación, la tensa relación con su madre se había vuelto insoportable y Amy había empezado a salir con los chicos malos del colegio. Hacía novillos, se metía en líos y había suspendido los exámenes.

Habían sido cosas de niña, nada delictivo, pero cuando por fin llamaron a su madre del colegio, Lorraine les dijo que se lavaba las manos. No quería saber nada de su hija.

Amy había terminado a cargo de los Servicios Sociales hasta que una vecina y amiga le ofreció su casa si estaba dispuesta a volver al colegio y a portarse bien.

Había tardado varios años en recuperarse de ese golpe tan duro y nunca había vuelto a ver a su madre.

Lorraine Taylor había muerto súbitamente cuando ella tenía dieciocho años y solo entonces descubrió que su padre, el hombre que las abandonó, había estado manteniéndolas durante todo ese tiempo.

Aunque no habían vivido de forma lujosa, su madre nunca se había molestado en buscar trabajo. Se gastaba lo menos posible en su hija, pero tenía fondos suficientes para hacer un crucero todos los años. De hecho, Amy se había quedado sorprendida al saber la cantidad de dinero que había recibido desde que ella nació, aunque solo Lorraine lo había disfrutado.

El apoyo económico había terminado con la muerte de su madre y el abogado había reiterado que su padre biológico no quería contacto alguno con ella.

Aimee, la habían llamado cuando nació. «Amada», pensó Amy, irónica. En realidad no había sido querida ni por su madre ni por su padre.

Tal vez su madre había pensado que era un nombre romántico. Tal vez cuando le puso ese nombre aún tenía esperanzas de que él volviese a su lado.

Aun así, no estaba en su naturaleza pensar en cosas negativas. Cordelia Anderson, Cordy, la cariñosa veterinaria que se había hecho cargo de ella, le había enseñado que lo mejor era olvidar las desgracias y trabajar duro si quería forjarse un futuro decente.

Desde muy pequeña, Amy solía entrar en su clínica veterinaria, que era además un refugio para animales. Cordy, una mujer mayor, había dedicado su vida a cuidar

animales heridos o abandonados para los que buscaba un hogar.

Se había hecho cargo de ella en el peor momento de su vida, convenciéndola para que volviese a estudiar, y había intentado reparar la relación con su madre, pero Lorraine Taylor vivía feliz sin la carga de una hija adolescente.

Cuando por fin aprobó los exámenes, Cordy la había contratado como aprendiz en la clínica, pero, trágicamente, había muerto el año anterior y Amy se había quedado desolada.

Su sobrino había heredado la casa en la que vivían y, desde entonces, su hogar era un almacén reconvertido en dormitorio sobre la clínica. Ni siquiera tenía cuarto de baño, de modo que debía usar el de las instalaciones, y cocinaba en un hornillo portátil, pero llegar a fin de mes con un salario de aprendiz era cada día más difícil porque tras la muerte de su benefactora tenía que hacerse cargo de todos sus gastos.

Seguía estudiando y trabajando como aprendiz para el socio de Cordy, Harold, y rezaba para terminar el curso de formación antes de que él se retirase. Pero, para complementar sus ingresos, trabajaba también como camarera en un café cercano.

El café, decorado como una cafetería americana de los años cincuenta, solía estar lleno de gente, pero esa mañana estaba casi desierto porque no dejaba de llover.

-Si sigue así, o Gemma o tú tendréis que ir os a casa -le dijo la propietaria, Denise-. No necesito dos camareras si no hay clientes.

Amy intentó disimular su angustia porque sabía que Gemma, que era madre soltera, necesitaba el salario tanto como ella. Pero ese era el problema del empleo eventual, que no prometía ingresos estables.

Su trabajo en el café dependía de los caprichos del tiempo o del número de clientes y no sería ni la primera ni la última vez que pasaba el fin de semana comiendo sopa

instantánea de fideos porque pagar la factura de la luz era más importante.

-Gemma no tiene que venir hasta la hora del almuerzo y tal vez para entonces habrán entrado más clientes -intentó consolarla Denise.

Mientras hablaban se abrió la puerta y un hombre entró en el café. Un hombre muy alto de hombros anchos y pelo oscuro, con una gabardina sobre un traje de chaqueta.

Amy no solía quedarse mirando a los hombres, pero aquel era tan guapo que no podía dejar de observarlo mientras se sentaba a la mesa, esperando encontrar algún defecto: una nariz demasiado grande, una mandíbula demasiado marcada. Algo, cualquier cosa, porque nadie, absolutamente nadie aparte de los modelos y las estrellas de cine, podía ser tan perfecto en la vida real.

Pero él lo era, desde los altos pómulos a la nariz clásica. La sombra de barba que oscurecía su mandíbula destacaba una boca de labios sensuales y tenía unos ojos casi dorados, como melaza derretida. El espeso pelo negro, un poco más largo de lo habitual en un hombre tan elegante, enmarcaba sus atractivas facciones.

Nunca se había sentido tan atraída por un hombre, ni siquiera cuando era adolescente.

Amy tragó saliva cuando el extraño clavó los brillantes ojos en ella y le hizo un gesto con la mano.

-¿Qué quiere tomar? -le preguntó, después de aclararse la garganta.

-Un café solo, por favor -respondió él.

Tenía una voz ronca, muy masculina, con una traza de acento.

-¿Alguna cosa más? -le preguntó Amy, dejando el menú sobre la mesa con mano temblorosa.

-No, gracias. No quiero comer.

-¿Algo dulce? -insistió ella, señalando la vitrina de postres a su espalda.

-Creo que tú eres el único dulce que podría soportar ahora mismo. Pero sí, muy bien, algo dulce. Elige tú por mí.

Amy se dio la vuelta, preguntándose qué había querido decir. Ah, claro, el uniforme de color rosa que tenía que llevar en el café, pensó luego.

Denise preparó el café y la miró mientras elegía un pastel de la vitrina.

-Un caso de amor a primera vista, o como lo llaméis los jóvenes de ahora -bromeó su jefa.

-¿Qué quieres decir?

-Te has quedado pasmada mirándolo y él no ha apartado los ojos de ti desde que entró. Venga, tontea un poco con él. Así tendré algo con lo que entretenerme.

-Yo no tonteo con los clientes -protestó Amy.

-Yo tengo cincuenta años, pero tontearía con él si me hubiese invitado como a ti -replicó Denise, irónica.

Sebastiano observaba a la hija de Oliver Lawson con atención. No era lo que había esperado de una adolescente rebelde que terminó viviendo en casas de acogida. Pensó que sería más antipática, más dura. Parecía alarmanamente inocente, pero seguramente era una fachada.

Él tenía un plan, un plan muy sencillo, y para que funcionase Amy Taylor tenía que hacer el papel principal. Pero no había contado con la oleada de deseo que se apoderó de él en cuanto vio la etiqueta con su nombre sobre la pechera del uniforme.

Amy.

Era bajita y voluptuosa, como una muñeca de carne y hueso. Tenía el pelo dorado sujeto en una coleta, algunos mechones enmarcando un rostro ovalado y unos ojos absolutamente extraordinarios. Nunca había visto ese color de ojos en toda su vida, un increíble azul violeta en contraste con su piel de porcelana.

No había ninguna fotografía de Amy Taylor en el archivo y no había esperado encontrarse con una belleza, pero así

sería más fácil porque no tendría que fingir una atracción que no sentía.

En realidad, le remordía la conciencia. Iba a sacar a una chica normal de su elemento para poner su vida patas arriba y en ninguna otra circunstancia habría hecho algo así. Aunque todo el mundo lo consideraba un playboy, él solo se relacionaba con mujeres que conocían el juego.

Pero Amy lo pasaría bien y le daría un respiro de su aburrido trabajo, se dijo a sí mismo, exasperado por ese momento de duda. Una joven de veintidós años no buscaba mucho más que divertirse con un hombre.

No pensaba acostarse con ella. No, no llevaría tan lejos la charada porque él no era tan cruel, pero la usaría como arma contra el padre al que nunca había conocido.

-¿Puedo invitarte a un café? -le preguntó, cuando se acercó a la mesa.

Amy miró a Denise, indecisa.

-Adelante -la animó su jefa, poniéndola en un aprieto porque ella habría querido rechazar amablemente la invitación.

No salía con nadie porque los hombres siempre habían sido una decepción. Sus generosas curvas atraían una atención indeseada y ella no era de las que se metía en la cama con cualquiera, aunque eso parecía ser lo que ellos esperaban.

Después de un par de experiencias desagradables con hombres que no aceptaban un «no» como respuesta, el sueño de encontrar uno que fuese su amigo y su amante a la vez había muerto para siempre.

En general, evitaba cualquier tipo de tonto para no complicarse la vida. Además, no tenía tiempo para eso.

-No suelo aceptar invitaciones de los clientes -le dijo mientras se sentaba a la mesa.

Era muy tímida, pensó Sebastiano, mirándola como si fuese una especie protegida.

-Me alegro mucho. Háblame de ti -le dijo, esbozando una sonrisa.

Cuando se encontró con esos ojos de color bronce, enmarcados por unas pestañas larguísimas, Amy sintió mariposas en el estómago.

Denise puso ante ella una taza de café y se colocó discretamente tras la barra para mirarlos como miraría una telenovela.

-Me gustan los animales más que la gente -dijo Amy entonces.

Y, de inmediato, torció el gesto. ¿Por qué había dicho eso?

-A mí también. Me encantan los caballos.

-A mí los perros, aunque también me gustan los gatos. Trabajo como aprendiz en una clínica veterinaria que, a la vez, es un refugio para animales. Entre eso y el café, no tengo mucho tiempo libre. ¿Cómo te llamas?

Hablaba a toda velocidad porque le costaba encontrar aliento estando cerca de un hombre tan espectacular.

-Sebastiano, pero me llaman Seb -respondió él, preguntándose cómo podía hacer que se relajase.

Acostumbrado a que las mujeres tonteasen con él, se encontraba en terreno desconocido con aquella chica. Amy no había parecido contenta cuando le hizo un cumplido. Al contrario, se había mostrado más bien amedrentada.

-Tienes cierto acento... aunque apenas se nota -se apresuró a decir Amy, pensando que tal vez era una grosería comentar eso.

-Así que trabajas en una clínica veterinaria, qué interesante. Yo estoy buscando un perro -dijo Seb entonces.

El rostro de Amy se iluminó como si hubiera anunciado que podía caminar sobre el agua. Los ojos de color violeta resplandecieron y, por primera vez, levantó la cabeza para mirarlo con atención.

-¡Qué coincidencia! -exclamó, sin la menor traza de ironía.

En cierto modo le recordaba a Annabel. Parecía una chica agradable e ingenua, algo a lo que no estaba acostumbrado. Pero tampoco iba a hacerle daño. ¿O sí?

No, qué tontería. Gracias a él descubriría la identidad de su padre. No había nada malo en ello, se dijo, intentando convencerse a sí mismo.

-Una coincidencia muy conveniente -comentó Seb-. Imagino que tendréis muchos perros para adoptar en el refugio.

-Tenemos a Hopper, que se está haciendo viejo y solo tiene tres patas -empezó a decir Amy.

Pero ella adoraba a Hopper y no quería que nadie se lo llevase. Era egoísta por su parte, pero no podía evitarlo.

-Ah, muy bien.

La puerta se abrió en ese momento y varios clientes entraron en el café.

-Lo siento, tengo que trabajar -se disculpó Amy, levantándose de la silla.

Seb la observó mientras atendía a los clientes. Se movía a toda velocidad, encantadora y claramente evasiva cuando otros hombres intentaban charlar con ella. Y, de vez en cuando, giraba la cabeza en su dirección como para comprobar que seguía allí.

Sí, estaba enganchada, pensó, esbozando una sonrisa de lobo. Y cuando descubriese la verdad en la fiesta de su padre se llevaría una enorme sorpresa. O tal vez no. Tal vez le daba igual quién fuera su padre. No podía haber pensado mucho en un hombre al que no conocía.

La compensaría de algún modo después, decidió abruptamente. La recompensaría por su ayuda. Convencido de que una cantidad de dinero o un regalo generoso podrían lavar cualquier ofensa, se levantó de la silla y se acercó a la barra para pagar.

Amy se acercó a la barra casi al mismo tiempo y, aunque Seb no era vanidoso, estaba seguro de que no era una coincidencia.

-¿Dónde está ese refugio en el que trabajas? Me gustaría ir a visitarlo.

Él no solía sonreír, pero esbozó una de sus mejores sonrisas y vio que Amy parpadeaba, nerviosa, mientras murmuraba el nombre y la calle; una información que, naturalmente, él ya poseía, aunque no iba a decírselo.

-Tal vez esta tarde -sugirió.

No había razón para retrasarlo y la fiesta tendría lugar en un par de semanas.

-Pues... muy bien -dijo Amy por fin-. Estaré en el refugio entre las cuatro y las seis. Podría enseñarte todos los perros que tenemos para ver cuál te gusta.

-Estupendo. Nos veremos allí -dijo Seb antes de salir del café.

-Ya te dije que estaba interesado -bromeó Denise.

-Sí, claro -murmuró Amy-. En adoptar un perro, no en buscar una novia. Un hombre como él no se interesaría por alguien como yo.

-Creo que te equivocas -dijo su jefa.

Amy no quería discutir porque sabía que estaba en lo cierto. Un hombre como Seb no estaría interesado en alguien como ella, que no era ni guapa, ni estilosa, ni sofisticada.

Qué pena conocer a un hombre por el que se sentía atraída para descubrir que él solo estaba interesado en adoptar un perro.

Si tuviese algún interés por ella le habría pedido su número de teléfono, ¿no?

Capítulo 2

AMY VOLVIÓ a la clínica cuando terminó su turno. Había dejado de llover y, por suerte, el café se había llenado de clientes, así que estaba agotada.

Harold, el veterinario para el que trabajaba, estaba terminando una operación de última hora con su ayudante, Leanne, y Amy tuvo que disimular un suspiro, sabiendo que tendría que limpiar el quirófano.

Había esperado poder arreglarse un poco antes de que llegase Seb, pero no sabía si tendría tiempo.

Una hora después, preguntándose si de verdad acudiría al refugio o si sería uno de esos que decían querer una mascota, pero en realidad no estaban dispuestos a tomarse la molestia de adoptar, se metió en la ducha, convencida de que no iba a aparecer.

¿Por qué estaba tan agitada? Aunque fuese al refugio, Seb estaría interesado en un perro, no en ella, se recordó a sí misma, exasperada.

¿Pero qué tenía aquel hombre que la atraía tanto? Se había sentido como embriagada mientras hablaba con él. Estaba tan emocionada que apenas podía articular palabra. Era una poderosa atracción física, pero había algo más, algo que no había sentido por ningún otro hombre; un ansia profunda de conocerlo, de saber cosas de él, de saberlo todo sobre él.

Una tontería, se dijo a sí misma, impaciente, porque Seb no estaba interesado en ella. Además, podría estar casado y tener un montón de hijos.

No llevaba alianza, pero no todos los hombres llevaban alianza, pensó mientras subía corriendo a su habitación para arreglarse un poco.

¿Para qué?, se preguntó. Bueno, los milagros existían. Cordy había sido su primer milagro, apareciendo en su vida cuando estaba completamente sola y ofreciéndole su casa. Y queriéndola. Nadie la había querido antes de Cordy y su cariño la había transformado.

Con unos vaqueros y un jersey azul, Amy bajó al refugio para dar de comer a los animales. Varios voluntarios iban durante la semana para limpiar las jaulas y pasear a los perros. Algunos llevaban mucho tiempo allí porque nadie había querido adoptarlos. Hopper, por ejemplo.

Amy lo sacó de su jaula y el animal empezó a dar vueltas alrededor, contento de verla. Sus tres patas nunca habían sido un problema, pero enseguida tuvo que tumbarse porque ya no era joven.

En realidad, Hopper era su perro. Dormía en su cama cada noche y la quería tanto como Amy lo quería a él, pero no era suyo oficialmente porque en cuanto terminase su contrato de aprendizaje tendría que buscar un apartamento y sabía que no en todos permitían perros.

Vivir en la habitación sobre la clínica había sido una solución temporal, pero tarde o temprano Harold necesitaría recuperar la habitación como almacén.

A las seis, cuando había abandonado toda esperanza de que Seb apareciese, sonó el timbre de la puerta y Amy suspiró.

Esperaba que no fuese otro animal abandonado. No sería la primera vez que alguien llamaba al timbre y dejaba a un perro atado a la puerta, pero si era así tendría que llamar a Harold y quedarse allí para ayudarlo mientras lo examinaba.

Amy bajó corriendo la escalera y se quedó helada al ver a Seb. Estaba convencida de que no iba a acudir y verlo de nuevo la puso nerviosa.

Se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos vaqueros y un jersey verde oscuro bajo la chaqueta. Y estaba tan guapo como antes.

-Puedes pasar, pero tenemos que hacerlo rápido porque debo irme.

-Siento llegar tarde. La última reunión se ha alargado más de lo que esperaba -se disculpó él.

Amy lo llevó hacia las perreras.

-Bueno, aquí están. Te presento a nuestros residentes. Esos tres de arriba no están disponibles para adopción por varias razones y lo mismo para las jaulas de abajo.

-¿Qué razones son esas?

-Kipper muerde cuando se pone nervioso y está nervioso casi siempre. Harley solo obedece cuando se le habla en alemán y Bozo, el que no tiene pelo, está recibiendo tratamiento por un problema dermatológico -le explicó ella.

Mientras él miraba a los bulldogs, terriers, labradores y otros perros con mezcla de razas, Amy observaba sus anchos hombros y su estrecha cintura, notando lo bien que le quedaban los vaqueros, que se pegaban a sus poderosos muslos como una segunda piel.

Tenía el físico de un atleta, pensó, consciente del cosquilleo en sus pezones, dolorosamente rígidos bajo el sujetador.

Hopper trotó hacia él y frotó la cabeza contra su rodilla.

-¿Y este pequeñajo? -preguntó Seb, inclinándose para acariciar las orejas del animal.

-Se llama Hopper y es muy mayor -respondió Amy.

Harold se enfadaría si la oía decir eso porque Hopper necesitaba un hogar tanto como los demás, pero Hopper era *su* perro.

-Parece muy listo.

-Como ves, solo tiene tres patas, pero se las arregla bien -dijo Amy, rezando para que no lo eligiese.

Seb se acercó a la jaula de Harley y se dirigió a él en alemán. Al menos, creía que era alemán porque Harold conocía un par de palabras y sonaba igual. Harley levantó las orejas, encantado, sentándose y tumbándose cuando él se lo ordenaba.

-¿Puedes sacarlo de la jaula un momento?

Amy miró su reloj.

-Solo tengo un minuto, debo irme -le recordó.

-¿Dónde tienes que ir?

-A clase. Estoy preparando los exámenes finales.

-Es una pena porque pensaba invitarte a cenar -dijo Seb entonces.

Amy se quedó desconcertada por tan inesperada invitación, pero Cordy le había enseñado a ser disciplinada.

-Lo siento. Me habría gustado cenar contigo, pero no puedo arriesgarme a suspender el curso. Tengo que completarlo esta primavera porque mi jefe piensa retirarse para entonces -dijo Amy, abriendo la jaula-. Si quieres adoptar a alguno de nuestros chicos tendrás que volver mañana para cumplimentar todo el papeleo legal.

Harley salió alegremente de la jaula y obedeció las órdenes de Seb, como intuyendo que iba a ser su nuevo dueño.

-Está muy bien entrenado -dijo él, acariciando al labrador e intentando disimular su sorpresa por el rechazo de Amy.

No estaba acostumbrado a ser rechazado por las mujeres. ¿Y por una clase? Asombroso.

La miró de soslayo, admirando el largo pelo rubio que caía sobre sus hombros, el brillo de sus ojos y los deliciosos labios rosados.

Cuando arqueó la espalda para meter a Harley en la jaula, su mirada se clavó en el perfecto trasero y en la curva de sus pechos bajo el jersey. Se excitó de inmediato y

mascullo una palabrota, mirando por la ventana para disimular, aunque no podía ver nada porque era de noche.

No sabía qué tenía aquella chica, pero hacía que reaccionase con un entusiasmo adolescente y eso lo sacaba de quicio.

-¿Estás interesado en adoptar a Harley? -le preguntó Amy mientras iban hacia la puerta-. Mi jefe, el señor Bunting, está aquí todos los días salvo los domingos. Él es el único que puede firmar los documentos de adopción.

-Ah, muy bien -murmuró Seb, mirando de nuevo a Harley y pensando que sería buena idea adoptarlo.

Seguramente Amy querría visitar al animal y eso le convenía. Además, tenía un ejército de empleados que podrían sacarlo a pasear, darle de comer y cuidar de él.

-Pero debo advertirte que Harley está acostumbrado a recibir mucha atención. Su propietario murió súbitamente y yo creo que lo tenía muy mimado.

-No me importa -le aseguró Seb.

Él no dejaba que nada se pusiera en su camino cuando quería algo. También él se había vuelto algo mimado desde que hizo fortuna y sus empleados se encargaban de solucionar cualquier cosa que pudiera ser una molestia.

-Me alegro mucho de que te guste Harley.

-Me gusta, sí, pero en este momento estoy más interesado en ti que en el perro.

-¿En mí? -repitió Amy, con un nudo en la garganta.

-Y en qué noche estarás libre para cenar conmigo -dijo Seb, alargando una mano para colocar un mechón de pelo detrás de su oreja, mientras ella lo miraba con esos embriagadores ojos de color violeta.

Seb apartó la mano al darse cuenta de lo que estaba haciendo, algo extraño para un hombre que calculaba cada uno de sus movimientos con precisión.

Apenas había rozado su mejilla, pero a Amy le pareció un gesto increíblemente íntimo. No había recibido a menudo el consuelo de una caricia y se sentía mareada.

-Esta semana podría ser difícil -logró decir-. Tengo que estudiar y, además, debo ayudar en el quirófano hasta la nueve, así que no estaré libre hasta el viernes.

Tendría que renunciar a su turno en el café y eso significaba perder un día de sueldo, algo que no podía permitirse.

Claro que tampoco podía ser siempre tan sensata, particularmente cuando un hombre tan guapo como Seb quería invitarla a cenar, se dijo a sí misma.

-El viernes me parece bien -le aseguró él, divertido.

Amy era como un libro abierto y el brillo de sus ojos dejaba claro que se sentía atraída por él.

Se encargaría de que lo pasara bien, pensó. Le compraría algo bonito y no lamentaría haberlo conocido cuando se despidieran.

-Vendré a buscarte a las ocho. Cenaremos e iremos a bailar.

Amy cerró la puerta y corrió a su habitación para tomar su abrigo, pero no prestó mucha atención a la clase de esa tarde porque no dejaba de preguntarse qué iba a ponerse el viernes.

Su vestuario era más que limitado y ni siquiera recordaba la última vez que se había puesto un vestido, pero solo podía comprar prendas de segunda mano. Aunque ni siquiera tenía presupuesto para eso.

Al final, fue su compañera y amiga, Gemma, quien acudió al rescate prestándole varios vestidos.

-Yo solía salir todos los fines de semana -le contó, con cara de pena-, pero todo cambia cuando tienes un hijo.

Amy suspiró porque ella lo sabía bien. Aunque no conocía los detalles, sabía que su madre había quedado embarazada por accidente y que ese accidente había sido una catástrofe para Lorraine. Por esa razón, y aunque seguía siendo virgen, Amy había empezado a tomar la píldora recientemente, pensando que tarde o temprano conocería a alguien y lo mejor sería tomar precauciones.

Los vestidos que le prestó Gemma eran demasiado estrechos o demasiado largos, pero había uno de terciopelo negro, con un escote algo más bajo de lo que le habría gustado, que le quedaba bien.

Metió pañuelos de papel en los zapatos negros de tacón y se los puso en el último minuto, cuando sonó el timbre.

Su corazón latía acelerado mientras abría la puerta, pero se quedó desconcertada al ver a un desconocido al otro lado.

-El señor Cantarelli está esperando en el coche, señorita Taylor.

Incrédula, Amy vio a un chófer uniformado abriendo la puerta de una aparatosa limusina y se acercó, casi temiendo que todo aquello fuese una broma.

Seb estaba muy serio en el interior y se preguntó si estaría lamentando haberla invitado a cenar.

-Deberías haberme advertido sobre la limusina. ¿Y quién es el hombre que llamó a la puerta?

-Un miembro de mi equipo de seguridad -respondió él.

Tenía un cuerpo para morir, pensó, admirando la pálida piel del escote, las bien torneadas piernas, los finos tobillos, el precioso rostro y la fabulosa sonrisa. Era absolutamente... fascinante. Y él no salía con mujeres «fascinantes». Ni siquiera sabía de dónde había salido ese adjetivo.

Y daba igual que tuviese los pechos de una diosa, él no pensaba acercarse, se recordó a sí mismo, impaciente.

-¿Qué ocurre? -le preguntó Amy al ver que fruncía el ceño-. ¿Es el vestido? ¿No te gusta? Me lo ha prestado una compañera.

«Cállate, cállate, cierra la boca y no digas una palabra más», se dijo a sí misma cuando esa bochornosa admisión de inseguridad escapó de sus labios.

-¿Quién? -le preguntó él, pensando que tendría que comprarle un vestido adecuado para la fiesta en casa de

Oliver Lawson porque, por supuesto, ella no tendría dinero para comprar algo elegante.

Le molestaba que la hija de Oliver Lawson viviese prácticamente en la pobreza. Su padre podría haber hecho algo más que pagar una pensión alimenticia, ¿no? Amy Taylor necesitaba dos empleos para sobrevivir después de una infancia desastrosa.

-Gemma, una amiga -respondió ella.

Intentaba calmarse, pero era imposible. La limusina, el chófer, Seb, todo aquello era abrumador.

-¿Quieres beber algo?

-Sí, gracias.

Seb pulsó un botón y una cabina de licores apareció como por arte de magia.

-¿Champán?

Amy lo miró, incapaz de disimular sus recelos.

-¿Estamos celebrando algo?

-Con un poco de suerte, que te relajes -respondió Seb.

-Podrías tener que esperar mucho tiempo -dijo ella-. Me siento como si estuviera en el plató de una película. No estoy acostumbrada a estas extravagancias.

-Yo sigo siendo el mismo hombre.

-¿Pero qué haces conmigo? No hay sitio para mí en este mundo.

-¿Por qué no? Vivimos en el mismo mundo.

-A mí no me lo parece -replicó Amy, tomando la copa de champán que le ofrecía.

Ella era muy juiciosa con el alcohol, pero cuando llegaron al famoso hotel en el que iban a cenar ya había tomado dos copas. Durante el trayecto había intentado que Seb le contase algo sobre sí mismo, pero no era tarea fácil. Cuando le preguntó qué había hecho ese día, él se limitó a responder: «reuniones de trabajo».

Y nada más.

Cuando le pidió que le contase algo que lo sacaba de quicio, él la miró con el ceño fruncido y respondió que no